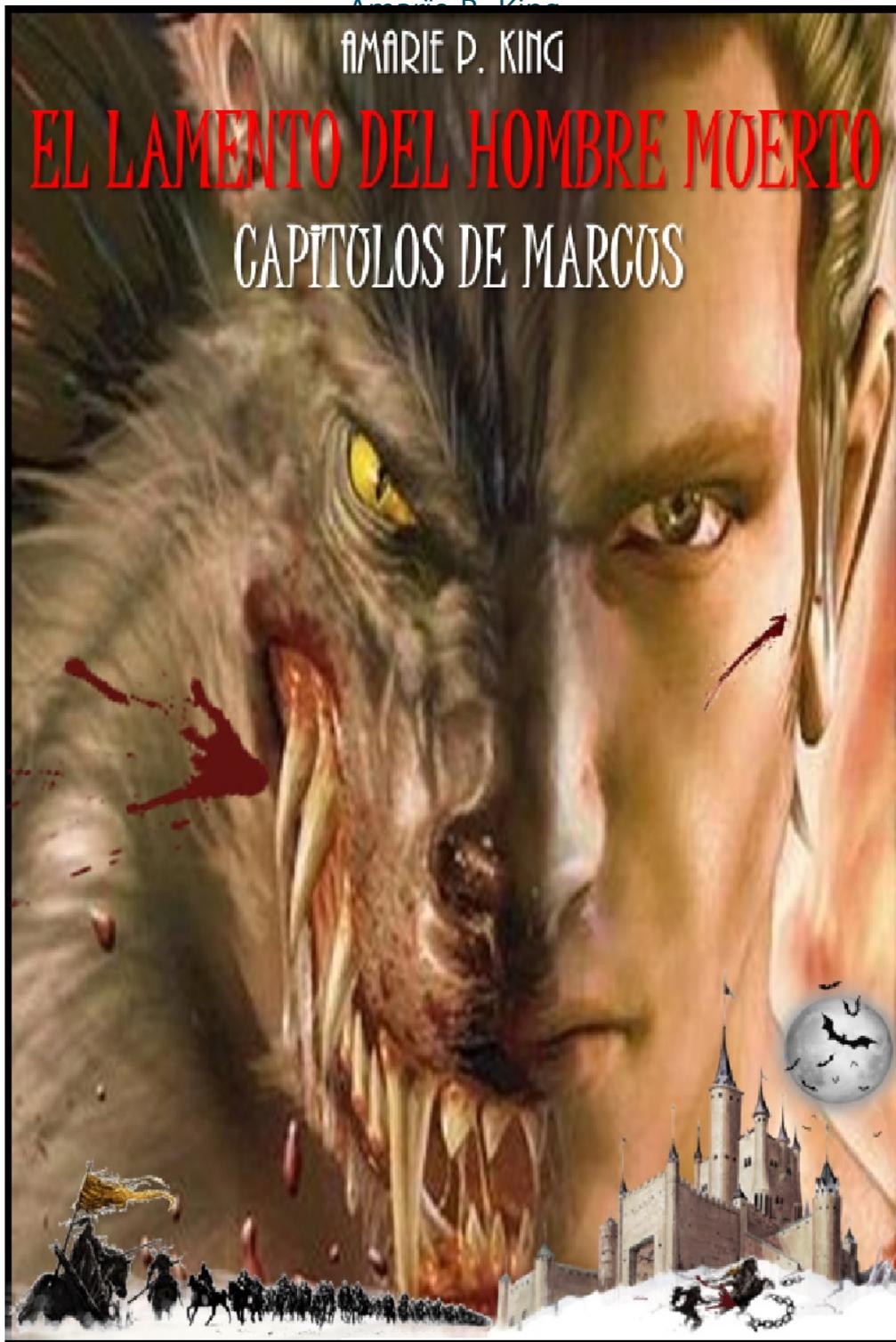


El Lamento del Hombre Muerto (Marcus) Capitulo segundo



## Capítulo 1

Los perros y los gatos callejeros dominaban las calles embarradas, abarrotadas por los escombros de aquellos edificios que no habían soportado más el duro invierno del norte. El día había amanecido tan gris como el día anterior y el resto de días de la semana. La nieve se acumulaba por todas partes, casi un metro de altura llegó a alcanzar la noche anterior. Los cristalinos carámbanos de hielo colgaban de tejados y balcones, grandes como niños de seis años, y puntiagudos como lanzas.

La taberna el Árbol Talado estaba completamente desierta, al igual que el resto del pueblo. Un gran fuego ardía en la chimenea de ladrillos rojizos, cubiertos por años de capas de hollín. Sus carbones chisporroteaban cada vez que el anciano posadero de pelo plateado y escaso, los atizaba con el atizador de hierro. El olor a leña quemada se mezclaba con el de la sopa de ajos y pan duro que salía de la pequeña cocina.

Marcus y sus hombres permanecían sentados bajo la protección del calor. Bebían cerveza y hablaban en un tono calmado. La mujer del posadero, veinte años más joven que su esposo, salió de la cocina con una olla humeante de bronce y un gran cucharón de madera roñoso en su interior. Su delantal de cuero la protegía del calor. El posadero le puso unos cuencos de madera y unas cucharas.

—¿Les sirvo un poco de sopa?— preguntó la mujer con la mirada perdida mientras ponía la olla sobre la mesa. Tenía la espalda arqueada—. Esta recién hecha. No lleva ni carne ni pescado, pero caliente el estómago en esta época tan fría— removió el turbio caldo con el cucharón para que salieran a flote los trozos de pan y ajo.

—Yo voy a pasar— dijo Sam echando el plato con brusquedad hacia un lado. Su cota de malla arañó la mesa. <<¿Quién quiere sopa habiendo cerveza?>> Volvió a centrar su mirada en la jarra.

—¿El resto comerá, o también despreciara mi comida?— gruñó la mujer. Estaba delgada como el palo de la escoba que adornaba una de las esquinas, aunque sus ropajes de luto la hacían parecer más gorda. Todos los huesos de su cara estaban marcados en su arrugada piel. Su pelo era quebradizo y de un color cobrizo. Su aspecto no tenía nada que envidiar al de su marido.

—Comeremos— dijo Marcus extendiendo su plato hacia ella. No le agradaba ofenderla y quería pasar desapercibido. Llevaba una cota de malla ceñida de un gris apagado con un trozo de tela sin blasón.

—Bien— dijo en tono osco. Apartó una rata gorda y peluda con la pierna. El animal chilló y corrió hacia la cocina en busca de algo de comer. Estaba

famélica, como todos allí.

Cogió el cucharón y lo sacó cargado de caldo aguoso y trozos reblandecidos de pan tostado. Llenó los cuencos hasta el borde. Un ligero humo salió despedido del caldo hirviendo. El caldo del cucharón regaba la mesa y las mangas de los hombres que la rodeaban. Cuando la mujer terminó de servir a sus únicos clientes en semanas, volvió a echarse la olla al delantal quemado para desaparecer entre las cortinas grasientas repletas de manchas negras, marrones, rojas, moradas...un arcoíris tan sucio como el suelo que pisaba. Ninguno de sus fantasmales clientes se había quejado. ¿Por qué molestarse en limpiarlo si a nadie le importaba su aspecto?

<<Parece hasta apetitosa>> se dijo Marcus. Después de llevar días comiendo carne de caballo seca, pan duro como el acero que portaban y piezas de fruta más podridas que sanas, aquella sopa parecía todo un manjar de reyes. No tardaría en arrepentirse de sus palabras.

Se abalanzaron a por los platos sin importarles lo mucho que quemase o su sabor. Estaba muy salada y sabía demasiado a ajo. Al parecer era lo único que abundaba en aquel desolado pueblo. <<Sabe a mierda de caballo.>> Pensó Marcus mientras tragaba otra cucharada de sopa y mordisqueaba un trozo de pan empapado de más.

—No sé cómo podéis comer eso, solo el olor me revuelve el estómago— dijo asqueado Konrad. Estaba apoyado contra la pared, sentado sobre un gran taburete. Sus ropas estaban tan empapadas y manchadas de barro como las del resto. La silueta de su cuerpo proyectaba una larga sombra sobre la pared de madera.

—Cierra la boca sanguijuela— dijo Henri con la boca llena. Su melena estaba mojada. El agua corría por su pelo rizado hasta caer sobre la mesa y sobre el plato. Más agua para una sopa ya aguada de más.

—Deberíamos cortarle la lengua— añadió Sam mientras sostenía el vaso de cerveza. Masticaba un diente de ajo entero.

—¿Todos tu perros son igual de inteligentes?— preguntó Konrad a Marcus mientras intentaba secarse la ropa pegándose a la pared.

Los licántropos comenzaron a reírse a carcajadas. Cerveza y pan salieron volando de sus bocas mientras reían o trataban de no ahogarse.

—Será mejor que te calles— Sam clavó en la mesa el cuchillo que usaba para cortar la dura hogaza de pan.

—No somos tan inteligentes como vosotros— dijo Marcus soltando la cuchara contra el plato vacío. Había dejado el plato más limpio de lo que

estaba cuando el posadero se lo puso—. Por eso estas aquí con nosotros, para iluminarnos en nuestra ignorancia. <<Ya entiendo porque no hay nadie en esta posada>>

El posadero retiró las jarras vacías y los platos y trajo otra jarra llena hasta el borde. La espuma se desbordaba y corría por la cerámica con rapidez hasta estrellarse contra la mesa. Sus temblorosas manos ayudaron. Iba dejando una estela tras de sí al arrastrar los pies.

Las jarras de cerveza iban y venían tan rápido que no daba tiempo a contarlas. La desgastada mesa estaba plagada de trozos de pan y lagos de cerveza y vino. Un fuerte viento recorría las calles del decrepito pueblo. Los empañados cristales cubiertos de escarcha temblaban a su paso. El asustadizo sol escapaba de las nubes grises para hacer brillar con tonos azulados y verdosos al ejército de carámbanos que poblaba todos los rincones. Después volvía a ocultarse con la misma timidez con la que había aparecido.

Las conversaciones entre los licántropos se habían subido de tono. Bromeaban y apostaban si lo que estaban buscando seguiría en su lugar después de tantos años. El posadero y su mujer observaban desde la pequeña barra de piedra y madera de arce, como sus mermadas reservas de cerveza y pan menguaban a un ritmo muy acelerado. Las ristras de ajos colgaban de ganchos que salían de los travesaños del techo.

—Posadero otra jarra aquí— gritó Sam—. Y un poco más de pan con mantequilla.

—Diles que ya no hay más— susurró la mujer al oído de su anciano marido. Tenía la oreja plagada de pelos grises—. No quedará nada para nosotros; de que vamos a vivir.

—Compraremos alimentos con las monedas que nos deben— susurró mientras metía la jarra en un gran barril con manchas blancas y metal oxidado.

—¿A quién piensas comprárselos? Aquí no queda nadie, Tom el mercader dejó el pueblo antes de ayer— le susurró. Hubiese preferido gritarle para ver si así sus palabras surtirían más efecto.

—Es verdad, ya no me acordaba— dijo pensativo. Su memoria empeoraba día tras día. La fuerte gripe que había sorteado lo había dejado casi sin fuerzas. Sus huesos y sus músculos no respondían bien a causa del frío y la edad—. No te preocupes por nada, cuando amaine iré al mercado de la ciudad, allí habrá comida.

—Está demasiado lejos para que vayas tu solo. Te robaran y te mataran.

<<Necios. No saben que estas bestias pueden oír todo lo que dicen>>  
Konrad los miró.

—No seas tan dura mujer. Para eso tengo mi espada— murmuró mientras se alejaba. Su espada era todo menos un arma. Estaba tan mellada que no tenía filo. El óxido la cubría allí donde la mirases.

La mujer miró la espada. La guardaba junto a los barriles de cerveza. El mango estaba muy desgastado. El anciano posadero no la empuñaba desde hacía años, desde la batalla de los cien degollados.

—¿Porque estará este pueblo desierto?— preguntó Sam mientras el resto reía.

—Es por las desapariciones— dijo el posadero tras él. Las mangas de su camisa estaban empapadas en cerveza, tanto, que podría llenar otra jarra.

—¿Que?— Marcus lo examinó.

Konrad agacho la cabeza. Llevaba horas sin alimentarse. A su parecer aquel anciano y su mujer serian un buen plato. <<Debo controlarme, de lo contrario quien sabe lo que estos salvajes me harían.>> se miró la rotura del chaleco, allí donde uno de los licántropos le había clavado una daga. La sangre se había secado hacia días.

Llevaba dos días encerrado en una bodega de sangre, bajo una taberna del barrio de la Copa Vacía de la ciudad de Naus. Había estado saciando su sed del cuello de una virgen de veinticinco años. Le gustaba su pelo rubio, sus ojos grises y su piel tersa y suave como un melocotón. Cuando sació su sed, su piel dejó de ser tersa y suave, y pasó a ser arrugada y áspera como una pasa. El brillo de sus ojos desapareció junto con su inocencia. Cuando los licántropos llegaron a la taberna, el constate goteo de sangre se trasformó en un gran riachuelo a punto de desbordar.

Esa noche murieron vampiros y humanos por igual. A causa de la droga de la amatista que inhalaban los humanos de los que se alimentaban los vampiros, Konrad no se dio cuenta de lo sucedió hasta pasadas varias horas después, cuando despertó fuera de la ciudad a lomos de un caballo. La droga era utilizada para que su comida no se resistiera. Entraban en un letargo. Además confería a la sangre un sabor amargo. El efecto sumergía al vampiro en un profundo estasis.

—Las desapariciones. El pueblo esta maldito desde hace muchos años.

Desde lo ocurrido en la capilla— dijo distraído, pensando en aquel día.

—¿Qué ocurrió?— preguntó Marcus.

—Perdonad, que habéis dicho. Me falla el oído derecho.

—¿Qué ocurrió?

—La capilla ardió por culpa de una vela, y las tres campanas sagradas con ella. Los dioses están furiosos— el anciano se sentó junto a ellos como si los conociera de toda la vida—. Después del incendio, las buenas gentes de este humilde pueblo comenzaron a marcharse. Al principio cada pocas semanas, pero después era raro el día que no se iba una familia entera. Nos quedamos los que no teníamos a donde ir.

—Perdonad señores, pero no nos queda más mantequilla— dijo la mujer tras ellos.

—No importa, pronto nos marcharemos— le dijo Marcus. <<No le gusta nuestra presencia— pensó—. A mí tampoco me gustaría>>

—¿En plena noche? No puedo permitíroslo mi señor— el anciano estaba sorprendido. ¿Quién iba a querer salir al exterior con la ventisca y el frío?

—No os preocupéis, estaremos bien.

—Como deseéis— dijo resignado. Estaba mayor para discutir. Con su mujer era suficiente.

Marcus sacó de una bolsita dos doblones de oro y se los dio al sorprendido posadero que miraba las monedas receloso. No podía creer que alguien con esas vestimentas pudiera poseer tanta cantidad de oro. A no ser que fuesen bandidos ¿Pero porque alguien de esa calaña iba a pagar? Las dudas y los nervios se apoderaron de su viejo cuerpo.

—No me debéis tanto mi señor— logró formular palabra tras un rato en silencio. Su mujer no sabía a donde mirar o que hacer. Pasó por su cabeza la idea de coger la espada de su marido, pero tras pensarlo detenidamente desistió. No sabía qué hacer con ese trozo de metal viejo.

—Por las molestias causadas.

—Gracias, sois muy amable— le dijo a la vez que se levantaba y le cogía la mano—. No nos habéis causado ningún mal mi señor. Que el sordo os

juzgue en vuestro camino.

—Que el ciego os guie con humildad. Y que el errante pague vuestras deudas por los caminos del pasado— añadió Henri. Dio un largo trago a su cerveza.

—Gracias por vuestras palabras mi señor. Los verdaderos creyentes no abundan por estas tierras.

Henri se encogió de hombros y siguió bebiendo. La fe le había resultado...decepciónate. Por muy devoto que fuese, por mucho que rezase en sus grandes templos y por muchos donativos que hiciese, los dioses no pudieron evitar que la maldición cayera sobre sus hombres. Lo perdió todo. Su castillo, sus tierra, y a su familia. Todos lo repudiaron. Vagó sin rumbo por ciudades y pueblos. Y tras años de soledad dio con otros con su misma carga. La soledad del colmillo fue su familia y el castillo de Lerián su hogar.

## Capítulo 2

Cuando la noche cayó, los licántropos salieron de la posada. El posadero los despidió con una gran sonrisa y las manos llenas de monedas. Muchos de sus dientes habían desaparecido.

La nieve fue arrastrada al interior de la posada.

Caminaron por las calles desiertas, cubiertas por las montañas de nieve que cubrían puertas, y en algunos casos hasta las ventanas. Los perros y los gatos habían abandonado las frías y oscuras calles. Recorrieron la extensa pradera que había entre el pueblo y el bosque. Algunas ventanas se abrieron para ver como más necios se adentraban en aquel lugar maldecido por los dioses. Se adentraron en las profundidades del Bosque del Lobo sin importarles quien o quienes pudieran estar mirando.

La nieve no había atravesado el espeso follaje de los grandes robles susurrantes retorcidos que habitaban en su interior. El cielo gris se tornó negro. Las antorchas ardían con intensidad y solo alcanzaba a iluminar unos cuantos pasos por delante de ellos.

Perdieron la noción del tiempo. El camino estaba repleto de troncos caídos, traicioneras raíces que brotaban del suelo, tan grandes como los propios árboles, afiladas rocas y ramas que atravesaban de una punta a otra, y todo tipo de coloridas plantas venenosas.

La espesa maleza dio paso a un pequeño claro con una torre completamente derrumbada, cubierta de vegetación y nieve.

Los licántropos aprovecharon para descansar sobre la tierna nieve. Las rocas y las raíces que cubrían la pradera estaban casi ocultas. Sembraban el terreno de huellas. Marcus caminó hacia las viejas ruinas. La nieve crujía bajo sus pies. Los bloques de piedra estaban muy erosionados.

<<La última vez que estuve aquí esta torre estaba llena de vida.>> Pensó mientras cogía un puñado de nieve.

Nunca le había gustado aquel lugar ni tampoco el señor que lo habitaba. Sus ojos entre cerrados siempre tramaban intrigas, siempre que no estuviera llenando su enorme y grasienta barriga de empanadas de jabalí y guisantes. Cada primavera sus padres y su dos hermanos recorrían los tranquilos senderos de piedra del bosque para pagar los tributos a su señor; la mitad de la cosecha, daba igual cuanto fuese, la mitad era suya. Cerró los ojos e intentó recordar cada rincón del torreón.

<<A pasado demasiado tiempo.>> Se dijo mientras retiraba la nieve de una de las piedras. La roca estaba marcada con el número setenta y ocho,

aunque se asemejaba más a un cero.

Escuchó unos ruidos tras la montaña de escombros. Rodeó las ruinas. Le llevó varios minutos. Los restos del tejado reposaban sobre la parte sur. Había tejas partidas y tejas enteras. Las vigas habían desaparecido en la tierra. Avanzó hasta detenerse junto a un gran roble de hojas negras y corteza arrugada que permanecía solo, vigilando a sus nuevos visitantes.

<<Ahí estaba la cocina>> tomó una bocanada de aire. Recordó el olor a leña, a panceta y asado de ciervo regado con cerveza negra. El mismo ruido volvió a llamar su atención. Entre las sombras de dos grandes árboles pudo distinguir unos grandes ojos rojos que lo seguían. Su respiración acelerada iba seguida de una nube de aire caliente. La criatura se quedó mirándolo fijamente hasta que volvió a desaparecer en la oscuridad.

—¿Qué ocurre?— preguntó Henri mientras miraba hacia donde lo hacía Marcus.

—Nos están observando— respondió Marcus.

—Quien se adentraría en este apestoso lugar para seguirnos. Ese de ahí no tiene amigos— dijo Henri señalando hacia Konrad. El vampiro miraba asustado a todas partes—. No será nada.

—Son nuestros antiguos hermanos los que nos han estado vigilando todo este tiempo— Marcus se giró hacia su amigo.

—Esos no son mis hermanos— dijo molesto. Su padre y su abuelo fueron de los muchos que dieron la espalda a su señor—. Son unos traidores. Por su cobardía estamos donde estamos.

—No toda la culpa es de ellos. Te recuerdo que yo fui parte del problema al no haber podido detener la codicia de mis señores vasallos— volvió a mirar a la oscuridad—. Aun no es tarde para ellos.

—Ya están perdidos— contestó Henri—. Nunca volverán a ser lo que fueron. Son solo bestias sedientas de sangre.

—Recuerdas quien habitaba este torreón— le dijo antes de que pudiera alejarse.

—Lo recuerdo muy bien. Fui uno de los esclavos del conde Dagomar. También recuerdo el águila de su blasón y como lo cambio por un jabalí. Era lo único que comía— miró de reojo los restos del gran horno donde asaban sus amados jabalís—. Cuando los cazadores traían las manos

vacías se las cortaba para que sirviera al resto de escarmiento.

—¿Conociste a los condes de las otras torres?

—Solo sus blasones. Mi señor no quería que entabláramos ningún tipo de relación con los sirvientes de las cuatro torres restantes.

—Yo los conocí a todos.

—El conde de más al oeste, cerca de la bahía de los limones, su blasón era una flor, no recuerdo cual, sobre un campo azul.

—Su nombre era Edgar Dugs y la flor era un lirio amarillo. ¿Qué hay del siguiente?— preguntó Marcus.

—Un...un sol sobre un campo blanco.

—Enzo Fissiod se hacía llamar. Luego estaba Kolman Galant con una pluma gris sobre un campo verde. Seguido de Lisandro con su caballo sobre un campo purpura— se ajustó el cinturón—. Recuerdo cuanto le gustaba jugar, y lo mal que se le daban los dados.

—Y por último Dagomar Rodens.

—De nada les sirvieron sus altas torres cuando nuestros hermanos los visitaron. Aún queda algo de ellos que se puede salvar— le dijo—. Pongámonos en marcha antes de que salga el sol y nuestro guía sufra las consecuencias— dio la espalda al roble para dirigirse hacia Konrad.

<<Su odio es lo único que puede unirnos>>

—¡Moveos!— gritó Henri a los perezosos licántropos que parecían haber echado raíces—. ¡Nos largamos de aquí!

El vampiro estaba maniatado por una gruesa y áspera cuerda de cáñamo. Marcus agarró la cuerda y tiró de ella hacia arriba para levantar al vampiro de la piedra en la que se había intentado acomodar.

—Yo no debería estar aquí— seguía inquieto.

—No. No deberías— le dijo al vampiro—. Pueden oler que no eres uno de los suyos. Están molestos y ansiosos por probar tu sangre, tu carne, tus entrañas y tu corazón, es lo que más les gusta. Yo prefiero evitarlo, sino no se cocina bien puede quedar muy correoso.

Tiró con fuerza de los dos extremos de la cuerda. La piel del vampiro

había comenzado a amarotarse.

—Me temo que mi corazón no será de su agrado— aun le dolía el golpe sobre la ceja. La herida se había cerrado, pero aún quedaba una costra de sangre seca.

—Por eso no tienes que preocuparte, al menos de momento— descolgó de su cinturón un pellejo de oveja. Lo descolchó y se lo puso en las manos al vampiro—. Bebe. Ya tienes que tener hambre. Konrad dio unos cuantos tragos. Aquella sangre no sabía bien. Estaba demasiado fría y coagulada, y tenía un sabor extraño que no lograba averiguar. Puede que con el siguiente trago lo averiguase.

—¿Queda aún mucho?— preguntó Marcus mientras le quitaba de las manos el pellejo.

—No— se limpió la boca. La cuerda se manchó y rasgó sus agrietados labios blanquecinos.

—Por tu bien que así sea.

—Esto me agrada a mí tanto como a ti— agitó las cuerdas que lo tenían atrapado—. Cuando lo mates yo me iré por mi lado y vos por el vuestro. Cuando ella se entere de quien la ha traicionado no quiero estar en el continente.

—¿Cómo sabes que conocerá tu traición?

Guardó silencio y apartó la mirada. <<Siempre se entera de todo>>

Reanudaron la marcha. Una tormenta estallo a cientos de metros de sus cabezas. Los rayos rasgaban el cielo nocturno con violencia. Una mínima parte de su morada luz conseguía mezclarse con el naranja de sus antorchas e iluminar a saltos su posición. Los truenos tronaban con gran furia. Las criaturas del bosque estallaron en un mar de chillidos, habían sido despertadas de su sueño.

## Capítulo 3

Les llevó una hora recorrer el trecho que los separaba de su destino.

La lluvia caía con fuerza cuando llegaron a la entrada de la cueva. Marcus y Silas se quedaron a la espera mientras Sam y Henri, los más corpulentos del grupo, despejaban de rocas, raíces y plantas la entrada. Konrad miraba hacia el cielo por un pequeño claro situado entre la roca y los árboles. De nada le había servido secarse en la posada. Volvían a estar empapados. Cada vez estaba más débil. Se restregó la mano contra la costra de sangre que le adornaba el lado izquierdo de la cara. El dolor había desaparecido, aunque otros muchos habían comenzado.

Las rocas comenzaron a volar en todas direcciones. Las había grandes y pequeñas, redondeadas y afiladas. Konrad tuvo que apartarse con toda la rapidez que su cuerpo le permitió para esquivar una de ellas. Se quedó allí donde había caído, recostado sobre un tronco verde y ennegrecido que había caído no hace mucho a manos de una tormenta. Los insectos que anidaban entre las piedras huyeron hacia la oscuridad de la cueva cuando sus hogares se derrumbaron.

<<¿Por qué no se transforman? Tardarían menos.>> pensó Konrad.

Un ciempiés tan grande como su brazo subió por su pierna. Tenía el tronco era de un color verdoso con franjas en turquesa. Sus patas eran negras y las dos últimas grises. Konrad lo apartó de un manotazo. La criatura cayó cerca de un pequeño arbolillo con bayas amarillas. Se retorció, luego se estiró y se ocultó dentro de un tronco seco. Marcus miraba desde su asiento de roca y musgo mientras se limpiaba las uñas con la punta del puñal. La roña caía sobre las altas hierbas como una fina lluvia negra y marrón en días de tormenta.

—¿Por qué aquí es todo tan grande y asqueroso?— murmuró asqueado mientras limpiaba con una hoja los restos de algo pegajoso que había dejado sobre sus pantalones. No había visto nunca un ciempiés tan grande.

—No toques eso con tus manos, es venenoso.

—Todo lo que hay aquí es venenoso— tiró la hoja delante de sus pies—. Soy un vampiro, los venenos no pueden matarme.

—Cierto. Pero sí que pueden hacerte enfermar— apoyó la espalda contra un árbol—. Dentro de este bosque he visto cosas que antes no hubiese creído o imaginado— cerró los ojos y entrelazó los dedos sobre su

abdomen.

Pasó otra hora más hasta que despejaron la entrada. Los licántropos estaban jadeantes. Konrad los miró. <<Ya era hora>> se levantó con mucho trabajo por culpa de las ataduras y el cansancio.

—Ya está— gritó Sam—. Ya hemos despejado la entrada.

—Bien— Marcus se levantó. Había podido dormir un rato

La entrada de la cueva tenía forma triangular y se encontraba en la pared norte de la montaña. Sobre la pared de roca se encontraban innumerables grietas que recorrían todas las direcciones posibles. Un arbolillo colgaba de la sólida roca. Sus raíces bajaban por la pared hasta adentrarse en lo más profundo de la tierra. A su alrededor la espesura del bosque cubría gran parte de la entrada.

La humedad de la cueva se dejó sentir en cada uno de sus huesos. Por todo el túnel se podían apreciar las formaciones de estalactitas y estalagmitas formadas a través de los siglos. El agua de lluvia se filtraba por cada grieta. Se adentrando en la cueva. La luz de las antorchas oscilaba de un lado a otro cada vez que una corriente de aire las tocaba, como si de un baile se tratase. De vez en cuando la luz violácea de los rayos lograba colarse con timidez dentro del sombrío túnel.

El túnel se fue estrechando cada vez más y más con cada nuevo paso.

<<Esto no me hace ninguna gracia.>> Se dijo Henri mientras agachaba la cabeza para no darse con un saliente. La idea de no poder transformarse no le hacía especial ilusión, ya que no era muy diestro con la espada, nunca lo había sido, y nunca lo sería. A su parecer, sus garras y sus colmillos eran mucho mejor que el blando acero que se mellaba y se oxidaba.

Siguieron andando un buen trecho hasta que llegaron a una gran caverna. Bajaron por unas escaleras grabadas en la piedra que los llevó hasta un lago de aguas cristalinas que desaparecía bajo la montaña. El eco de sus pisadas resonaba por toda la sala. Al fondo de la caverna podían distinguirse tres túneles que se adentraban en las entrañas de la montaña. Tan oscuros como la boca de un lobo. Y ciertamente así era, como meterse en la boca de un lobo.

—Y bien— Marcus lo miró fijamente a sus ojos marrones. Ya apenas si quedada algo de la trenza que colgaba de su barba—. ¿Por qué túnel?

—Puede que por el de la derecha— dijo el vampiro con la mirada nublada—. No estoy muy seguro. No pude escuchar todas sus palabras. Puede que sea por el de la izquierda. Si me dieras algo más de tiempo, las

puertas del castillo son casi tan gruesas como sus muros. Es difícil escuchar con claridad.

—Normal que perdáis todas las guerras— dijo Sam.

—En qué lugar os deja eso a vosotros que vivís desterrados fuera del continente. Los cazadores os cazan para sus juegos. La guardia fronteriza de abriga con vuestros hermanos— trató de erguirse—. Los niños os tiran comida en las ciudades y pueblos para que vuestros amos tengan monedas para putas y vino.

—Has memoria— dijo Marcus a la vez que detenía a Sam—. El tiempo no está de nuestra parte.

<<Nunca lo ha estado>> pensó Marcus. Intentó no pensar en las verdades que el vampiro había dicho.

Konrad entrecerró los ojos, pensativo. Intentaba recordar por todos los medios todas y cada una de las palabras que se dijeron aquella noche en el castillo Rojo.

Pasaron cinco minutos.

El vampiro seguía intentado recordar ante las miradas de desesperación de los licántropos.

Volvieron a pasar otros cinco minutos.

Konrad seguía allí de pie, frente a las tres bocas de piedra negra. <<Derecha rima con estrecha. Eso fue lo que dijo, que el túnel se estrechaba casi a la mitad— recordó. La entrada era un enorme círculo desigual por todos sus lados—. Se quejó de lo mucho que le había costado entrar>> sabía que si se equivocaba Marcus no le daría una segunda oportunidad. ¿Cumpliría alguna de las amenazas que tanto se había molestado en recordarle durante todo el viaje?

—Es la entrada de la derecha. Ya lo recuerdo.

—¿Estás seguro?

—Si— respiró aliviado—. El túnel se va estrechando a medio camino. Fue Otto quien lo trajo hasta esta cueva. Pude oír cómo se quejaba cuando Sibila le dijo que pronto despertaría— señaló con las manos.

—Ya sabes lo que te ocurrirá si mientes.

—No soy estúpido. Se lo que tengo que hacer— dijo obstinado—. Lo que más deseo en este mundo es ver su muerte— miró sus ataduras—. Es una

pena que no pueda ver la cara de Sibila cuando venga a despertarlo y se encuentre con una montaña de cenizas.

—Puedes quedarte si quieres— Marcus le dio un empujón. Konrad intentó quedarse inmóvil pero no pudo. Sus pies se enredaron y fue a parar contra la pared de la entrada. Se golpeó con un saliente que se precipitó al suelo y se partió en dos. La roca desprendía un extraño brillo cuando la luz de la antorcha la besó.

—Dame algo de comer o no podré seguir aconsejándoos mucho tiempo más.

—Cuando lleguemos a la caverna.

El grupo se adentró en el profundo túnel. Konrad iba en primer lugar. La memoria del vampiro había resultado efectiva. Al igual que en el túnel anterior, este se fue estrechando, obligándolos de nuevo a ir en una sola fila. La montaña dejaba caer algunos pequeños fragmentos de roca sobre sus cabezas cuando sus entrañas temblaban. Las paredes estaban lisas y suaves como el mármol recién pulido.

<<Si tardamos mucho más no vamos a salir de este túnel.>> pensó Marcus. Estaba ansioso por salir de esa montaña. La sola idea de quedar atrapado lo aterrorizaba. Nunca le habían gustado los espacios cerrados, sobre todo después de trabajar en las minas de oro cuando aún era un humano corriente. Miró atrás y vio todo lo que había logrado y perdido. Las grandes derrotas y las pequeñas victorias. Las sonrisas de todos los que lo amaban y amaba. Sus hijos y su mujer. Aun podía ver sus rostros desde la cubierta del barco. Nunca olvidaría ese día—. Ya nadie recuerda esa época porque todos están muertos>> ¿Le hacía sentir tristeza pensar en todo aquello? No. Lo que le hacía sentir era pudor por todas las muertes que no había podido evitar y que habían caído en el olvido.

## Capítulo 4

Al final del túnel se toparon con una pared de piedra que les impedía seguir el camino marcado por Konrad.

—¿Cómo se abre?

—Es una puerta— dijo. Marcus lo miró sin saber si se estaba burlando de él—. Basta con empujarla— dijo con rapidez—. Sibila pensaría que nadie podría llegar hasta aquí. No hay ningún motivo por el que poner una puerta de difícil acceso. ¿Quién iba a sobrevivir a lo que hay fuera?

—Nosotros lo hemos conseguido— dijo Henri—. ¿Quién más iba a desear la muerte de ese ser?

—Vosotros sois licántropos. La respuesta son muchos. No sois los únicos que lo odiáis.

—No me gusta todo este teatro que has montado. No somos estúpidos— Marcus se acercó tanto al vampiro que podía contarle los pelos de la nariz—. Sibila nunca encerraría a su amor en una cueva sin protección.

—Os juro que no hay nada de mentira en mis palabras. Yo soy el primero que desea ver su muerte— el sudor corría por la cara de Konrad—. Me despojé de todas mis tierras y arrastré a mi familia a una guerra de la que no salieron con vida.

—La misma guerra en la que os derrotamos— replicó Sam.

—Si nos engañas.

—Me mataras. Ya lo sé.

Sus miradas se cruzaron.

—Abre la puerta— dijo Marcus. Su corta paciencia estaba llegando a su fin. No estaba muy seguro de las palabras del vampiro, pero ya que había recorrido todo aquel camino, no iba a irse sin echar un vistazo.

Konrad hizo una vaga reverencia, se giró hacia la pared de roca y la empujó. La pared no se movió. Marcus fue en ayuda del vampiro al ver como empujaba sin lograr nada. Su debilidad era tal que no habría podido mover ni un guijarro de los que la montaña había dejado caer sobre sus cabezas. La pared cedió. Sonó un crujido proveniente del interior. De los bordes comenzó a salir un fino polvo blanco que impedía ver lo que estaba sucediendo tras la pesada piedra. La boca escupió una bocanada de un aire cargado de humedad. La nube se disipó a través de las grietas en

pocos segundos. Marcus echó a un lado a Konrad. Esta vez puso su mano contra la pared para no golpearse.

<<Pronto volveremos a vernos>>

Entraron dentro de la sala. La oscuridad reinaba sin oposición. Henri y Sam prendieron con sus antorchas el espeso óleo que había en unos canales situados a ambos lados de la pared. Se escuchó el crujido de los insectos al quemarse. Los siglos habían hecho que miles de ellos cayeran en las garras del líquido negro. Cuando el fuego prendió todo el óleo, la habitación quedó completamente iluminada. Las llamas formaron un círculo casi perfecto en la pared de roca azulada. El reinado de la oscuridad terminó después de tantos milenios reinando a solas.

<< Para ser un lugar tan siniestro, los colores abundaban>> Marcus acarició la pared. Se sorprendió de la suavidad de sus trazos. Miró al techo abovedado. Era alto, mucho más que el de la caverna principal.

La roca desnuda cubría al completo la sala. En el centro se encontraba una plataforma de piedra, rodeada por un lago que lo cubría todo. Sobre la plataforma había un sarcófago de mármol blanco con algunas vetas verdes y azules. El fuego hacía brillar el mármol a la vez que se reflejaba en el agua. En la pesada tapa se encontraba el nombre del que lo había ocupado desde...desde siempre. Marcus bajó por unas temblorosas escaleras de madera. El resto esperó junto a la puerta.

Sus pasos lo llevaron a un puente de piedra que a su vez lo llevaría al sarcófago.

Marcus caminó por el puente, bajo la atenta y asustadiza mirada de Konrad. <<Tiene que estar ahí, yo oí como hablaban ella y Otto.>> se sentó en el suelo. De nada importaba si estaba de pie o no. Si no estaba ahí lo que Marcus estaba buscando, moriría igualmente. Al menos moriría lo más cómodo posible.

Un fragmento de roca del puente se desprendió, el agua bañó por igual todo lo que encontró a su paso. El techo se asimilaba a un panal, con todas esas oquedades. Cuando llegó a la plataforma, allí estaba, por fin lo había encontrado, la tumba donde reposaban los restos de Acheron.

<<Después de tantos años ya eres mío.>> Retiró la pesada tapa de mármol. La gran loza cayó de una pieza a los pies del sarcófago. Miró dentro. Allí solo había polvorientos cojines color turquesa con las iniciales RH cocidas con hilo blanco, ratas muertas y polvo, mucho polvo. Marcus posó las manos enguantadas sobre el suave borde del sarcófago.

—No está. Está vacía— susurró sin apartar la mirada del interior. Una araña salió de entre los cojines. Sus patas eran cortas y verdes, su cuerpo

grande y peludo, de un color dorado.

Caminó lentamente por el tierno suelo. Se detuvo y volvió a caminar hasta entrar en el interior de otro cojín. Pasaría hambre ese día.

Marcus comenzó a quitarse la ropa. No deseaba recorrer el camino de regreso con la ropa hecha girones. Tenía sumo cuidado a la hora de enseñar su cuerpo. No se sentía cómodo enseñando todas las cicatrices que le adornaban la espalda y las piernas. Las dobló con cuidado para que no se arrugase. Como si importase. Soltó las prendas sobre el suave mármol.

Los temores de Konrad se hicieron realidad. Sin darse cuenta, Marcus se transformó ante sus ojos nublados en una bestia de pelo gris, hocico afilado y garras como cuchillos. Cogió la loza de mármol. Sus garras la arañaron. Lanzó la pesada pieza contra la pared de la sala. El mármol quedó completamente destrozado. Los fragmentos rompieron la tranquilidad del agua. Marcus se giró. Dirigió sus ojos verdes hacia Konrad. Al ver al gran lobo de más de dos metros y medio, Konrad intentó huir por el pasillo. El furioso licántropo dio un salto y se posó frente al asustado vampiro. Henri y Sam se apartaron de inmediato de su camino. Marcus comenzó a acercarse al mismo tiempo que Konrad gateaba para intentar huir. Cuando se topó con la pared se dio media vuelta y se quedó mirando fijamente sus grandes colmillos.

—Me has engañado— dijo Marcus con voz ronca—.Te di una oportunidad y la has desperdiciado. Pagaras por tus mentiras.

—¡No! ¡Por favor no! Te he dicho la verdad— respondió muy asustado a ver las grandes fauces del lobo con todos esos afilados colmillos amarillentos. Uno de ellos estaba astillado. Su aliento apestaba—. Yo mismo los oí hablar. Los dos lo ocultaron después de la gran batalla del Molino Viejo para que se recuperase de sus heridas.

—¿Que heridas? Yo fui el último en verlo aquel día en el campo de batalla. Y no recuerdo haberlo visto herido— dijo Marcus. Puso una de sus patas traseras contra el pecho de Konrad.

—Yo lo vi huir— dijo Sam soltando una gran carcajada.

Volvió a su forma humana. El vampiro viviría un poco más si sus palabras complacían a Marcus.

—Acheron quedó gravemente herido cuando se interpuso entre el sol y Sibila— contestó Konrad. Tenía la ropa desgarrada allí donde el licántropo había puesto su pie—. Nos ocultemos en una casa abandonada en el pueblo hasta que tu ejército llegó y masacró los restos del suyo. Lo ocultemos en un lugar seguro y tratemos de alejar a tus tropas del lugar.

Al caer la noche volvimos al pueblo y lo llevamos a un lugar seguro— intentó levantarse—. Sus heridas hicieron que Sibila recurriera a una extraña magia para salvarle la vida. Yo me opuse rotundamente e intentó matarme. Desde entonces duerme.

—¿Porque duerme?— preguntó Marcus—. Si de eso hace siglos.

—Recuerdo ese día— dijo Henri a Sam—. Los llantos y la sangre regaron todo el pueblo.

—Sibila no sabía que el hechizo dejaría en estancias a su gran amor durante mil años- escupió e intentó reír.

—Creo que dice la verdad— dijo Henri intentando calmar a Marcus.

—Vivirás un poco más.

—Gracias mi señor. No olvidéis vuestras ropas, sería una lástima que os las dejaseis aquí olvidadas.

Marcus se echó a reír.

—No son tan buenas.

—Dadme algo de comer— su respiración era entrecortada—. He cumplido con mi palabra.

—Cierto. Aquí tienes— miró al sarcófago. Los pantalones se habían caído al suelo. Un mar de arrugas los cubría—. No te la bebas toda, no queda más.

Konrad se aferró a la boquilla de cuero con gran entusiasmo. Las palabras de Marcus fueron devoradas por un voraz apetito. Tragó el espeso líquido ennegrecido hasta que no quedo más que las gotas que se derramaron por la comisura de su boca y mancharon la roca.

Ayudaron a Konrad a levantarse. Recobró algunas de sus fuerzas, pero no las suficientes para recorrer el camino a pie. Necesitaba alimentarse más. Lo que le habían dado no llegaba ni a tentempié.

<<Puede que este no sea mi final>> pensó. Dibujó una sonrisa en su rostro. No le duró mucho. No deseaba que lo viesan con una sonrisa.

FIN

Todos los derechos reservados.